

MIÉRCOLES DE CENIZA

1ª lectura (Joel 2, 12-18): **Rasgad vuestros corazones.**

Salmo (50, 3-4.5-6a.12-13.14 y 17): **«Misericordia, Señor, hemos pecado»**

2ª lectura (2ª Corintios 5, 20-6, 2): **Ahora es día de salvación.**

Evangelio (Mateo 6, 1-6.16-18): **Entra en tu aposento y reza a tu Padre.**

Iniciamos el tiempo de Cuaresma con unos deseos de conversión: «Rasgad vuestros corazones, no las vestiduras». Esta conversión debe dar sentido a nuestra vida porque las cosas no van bien y no deben seguir así, ni en las relaciones sociales, ni en el mundo, ni en la Iglesia.

Desde que comenzó su pontificado, las palabras y gestos del Papa Francisco “casan” bien con el espíritu cuaresmal, que nos invita a un cambio profundo, un cambio de corazón y de corazones. Una Iglesia renovada, centrada en Jesucristo, acogedora y misericordiosa.

«¡Cómo me gustaría una Iglesia pobre y para los pobres!» nos dijo el papa Francisco a los tres días de ser elegido. Fueron como un eco de aquellas otras que san Juan XXIII nos dirigió un mes antes de Concilio y que fueron como un rumbo a seguir: «La Iglesia se presenta como es y quiere ser: la Iglesia de todos, pero especialmente la Iglesia de los pobres».

Y ello, no como algo ético, sino como una verdad esencial y primordial en la Revelación, porque un Pobre nacido en la periferia de la ciudad de Belén y muerto (fuera de la ciudad), desnudo en una cruz, es nuestro Salvador.

Sabe el Papa que la Iglesia de Jesús se ha quedado vieja y necesita de una renovación, es consciente de que no podemos seguir así, no podemos estar asentados en el poder y la riqueza, valores claramente antievangélicos.

Pero, sería hipócrita pensar que solo los clérigos, sacerdotes, obispos y jerarquías eclesiales necesitan convertirse en sencillez y pobreza. Esto nos afecta a todos. Jesucristo es el centro, el principio y fundamento. Es lo más valioso que nos ha sido dado. Él es “el Señor”, primer punto para nuestra conversión cuaresmal.

Los textos bíblicos que la Iglesia proclama en los días de Cuaresma pueden ayudar nuestros deseos de conversión, de volvernos cada día hacia Dios. En esta primera eucaristía, el profeta Joel, nos exhorta a convertirnos al Señor nuestro Dios, compasivo y misericordioso, lento a la cólera y rico en piedad.

Nuestros corazones se rasgan al contemplar su amor. Y nacen en nosotros sinceros deseos de corresponder a ese amor con una vida limpia y fraterna, reconciliada con Dios y reconciliada entre nosotros, una reconciliación especialmente comprometida con el mundo pobre. **¿Cuándo nos arrepentiremos de ese pecado global, del que nadie nos sentimos culpables, de dejar morir de hambre a media humanidad?**

En el texto evangélico, Jesús nos presenta los temas bíblicos de la limosna, la oración y el ayuno, y nos ofrece su opinión sobre ellos. “Hipócritas” llama a quienes adulteran el sentido: **«Como hacen los hipócritas»**, es la frase más repetida en el texto evangélico, junto con la otra frase, esta vez positiva, para los que obran según criterios de Jesús y, también por tres veces repetida: **«tu Padre, que mira a lo escondido, te lo pagará»**.

La **limosna** mira al prójimo necesitado. No se trata de echar unas monedas sobrantes en el bote que nos adelanta un “pedigüeño” o en depositarlas en el cestillo de las ofrendas cuando vamos a misa, sino de remediar eficazmente la pobreza del hermano. El texto evangélico nos habla de **«practicar vuestra justicia»**, y sitúa la limosna en este terreno. Dar limosna ha dejado de lado, en muchos momentos, este contexto de “justicia”, para convertirse en una caricatura, deformada, de la limosna y la caridad.

La **oración** en tu cuarto, cerrada la puerta, nos trae la imagen de un encuentro íntimo, un momento de comunión personal, de estar a solas, tratando de amistad, con aquel que sabemos que nos ama. Es el momento de las confidencias, de las cosas reservadas a la amistad con aquel que escucha y no defrauda. Jesús gustaba de retirarse a la oración prolongada y a solas con su Padre.

Para Jesús, el referente del **ayuno** es el Padre. Perfuma tu rostro, que tu ayuno lo note, no la gente, sino tu Padre. El capítulo 58 de Isaías, que leeremos el viernes próximo, nos presenta cuál es el ayuno que Dios quiere: **«el ayuno que yo quiero, dice Dios, es este: abrir prisiones injustas** (las que formamos en nuestro corazón); **liberar a los oprimidos** (que hemos marginado); **compartir pan, techo y vestido con los que carecen de ellos, no cerrarte a tu propia carne** (mirando solo por nosotros). **Y Dios te lo pagará»**.

Que el amor de Dios y su justicia conviertan nuestros corazones a Él al comenzar la Cuaresma. Todas nuestras intenciones, todos nuestros deseos los depositamos en la patena de nuestra ofrenda en el altar.